BAJO LA LLUVIA
RAY BRADBURY



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

TODO SEGUÍA PRÁCTICAMENTE IGUAL. AHORA QUE EI, EQUIPAJE ya se encontraba en la húmeda v resonante cabaña, todavía perlada de gotas de lluvia, y que había cubierto con la funda el auto, que aún despedía el tibio aroma del viaje de trescientos kilómetros rumbo al norte entre Chicago y Wisconsin, al fin disponía de tiempo para pensar. Ante todo, había tenido mucha suerte de conseguir esa cabaña, la misma que sus padres, su hermano Skip y él habían alquilado veinte años antes, en 1927. No había perdido su sonoridad, aquella que le devolvía el eco sordo de la voz y de los pasos. Por algún inexplicable motivo, que quizá sólo fuera el mero placer que le daba, estaba recorriéndola descalzo. Se sentó en la cama, cerró los ojos y escuchó la lluvia que caía sobre el delgado techo. Eran varios los detalles que no podía pasar por alto. En primer lugar, los árboles habían crecido. Cuando uno veía por la torrentosa ventanilla del auto emerger tras la cortina de agua el cartel que anunciaba la llegada a Lake Lawn, ya percibía algo diferente y sólo ahora, al oír el viento que soplaba afuera, se percataba de cuál era el cambio. Los árboles, claro. Veinte años volviéndose más altos y frondosos. Y el pasto también. Si uno quería hilar fino, tal vez se trataba del mismo pasto sobre el que se había acostado aquel día lejano, tras darse un chapuzón en el lago, con el helado traje de baño aún adherido a sus nalgas y su joven y poco desarrollado pecho. Se le ocurrió pensar si los baños tendrían el olor de antes, olor a bronce y desinfectante *y* jabón *y* hombres mayores que hurgaban a tientas.

La lluvia cesó. De tanto en tanto, se oía el tamborileo de algunas gotas que se desprendían de las mojadas ramas que cubrían la cabaña. El cielo tenía el color, la textura y el presagio de la pólvora. Por momentos, se abría y se inundaba de luz, pero la grieta no tardaba en cerrarse.

Linda se hallaba en el baño de mujeres, al que se llegaba tras recorrer un breve trecho entre las matas, los árboles y las pequeñas cabañas blancas, y ahora tal vez, imaginaba él, tras sortear charcos y arbustos que se sacudían cual perros asustados al paso de uno y arrojaban una ducha fresca de fragante lluvia. Le venía bien que Linda se hubiera marchado por un rato. Quería ver ciertas cosas. Ante todo, aquella inicial que había grabado en el alféizar de la ventana quince años antes en su última visita, a fines del verano de 1932. Jamás se habría atrevido a buscarla en presencia de alguien, pero ahora que se encontraba solo, se acercó a la ventana y pasó la mano por aquella superficie. Estaba totalmente lisa.

"Habrá sido otra ventana, entonces", se dijo. Pero no. Era esa habitación. Y, sin duda, esa cabaña. Sintió un súbito rencor hacia el carpintero que tiempo atrás había entrado allí a lijar y pulir superficies y llevarse la inmortalidad que él se había prometido una noche lluviosa cuando, confinado en la cabaña por la tormenta, se había entretenido con el minucioso grabado de su inicial. Una vez concluida la obra, había augurado que "con el correr de los años, los visitantes van a seguir descubriéndola".

Acarició con la mano la madera desierta.

Linda apareció en la puerta de la cabaña.

-¡Qué lugar, por favor! -exclamó empapada, con el pelo rubio chorreando y la cara salpicada de gotas. Lo miró con cierto aire de reproche.

-Así que éste es el País de las Maravillas. ¿Cuándo lo construyeron? Y pensar que una es tan ingenua que se cree que todas las casas tienen baño. Pero no, señor. Acá el baño queda a un paso, no más. ¡Me pasé dos minutos tratando de encontrar la llave de la luz y cinco minutos a los manotazos para sacarme de encima una polilla enorme que no me dejaba lavarme las manos!

Una polilla enorme. Él se irguió y sonrió.

-Toma, sécate. -Le alcanzó una toalla. -Ya vas a acostumbrarte.

-Me llevé por delante una planta y mira mi vestido, está pasado por agua. ¡Ay, Dios me libre! -Se hundió en la toalla, sin parar de hablar.

-Yo también tengo que ir al baño de hombres -dijo él, mirando a través del vano de la puerta y sonriendo por algo que se le había ocurrido-. Ya vuelvo.

-Si no apareces en diez minutos, llamo a los guardacostas...

Un portazo.

Caminó despacio, respirando hondo, sin importarle que la lluvia lo envolviera y el viento le tirara de las botamangas. Allá estaba la cabaña que había habitado su prima Marion con los padres. Ah, cuántas noches se habían escapado para ir al bosque a contar historias de fantasmas mientras contemplaban el lago sentados sobre el pasto mojado. Y se asustaban tanto que Marion le pedía que le diera la mano y, a veces, hasta un beso, uno de esos besitos inocentes entre dos primos de diez y once años, apenas un roce, un gesto de defensa contra la soledad. Recordaba vívidamente el aroma de Marion antes de que la ganaran la nicotina y los perfumes envasados. Hacía unos diez años que no era más aquella prima suya o, mejor dicho, ya no lo era desde que habían crecido. Aquella criatura espontánea y natural se había quedado aquí, en alguna parte. Claro que ahora Marion era una persona madura y, en cierta medida, también lo era él. Aun así, el aroma de la madurez no resultaba tan delicioso.

Llegó al baño de hombres y... ¡qué sorpresa! No había cambiado en absoluto.

La polilla lo aguardaba.

Se trataba del gigantesco fantasma de una polilla, blanco, suave y palpitante, que aleteaba y susurraba en torno a la única lamparita eléctrica. Llevaba allí veinte años, zumbando y batiendo las alas en el húmedo aire nocturno del baño, a la espera de su regreso. Evocó el primer encuentro. Él era un niño de apenas ocho años y la polilla se le había aparecido como un espectro polvoriento, sacudiendo el talco de sus horribles alas, gritándole en silencio.

Entre chillidos de pavor, se había echado a correr por el oscuro pasto del verano para refugiarse en la cabaña y, con tal de no volver al baño, se había aliviado de aquel dolor que lo henchía en el fondo de la casa. Tras esa experiencia, había aprendido a ir al baño varias veces durante el día para no tener que regresar a vérselas con aquel polvoroso espanto.

Y ahora allí estaba, cara a cara con La Polilla.

-Hola. Fue una larga espera, ¿no?

Era una tontería decir eso, pero qué agradable resultaba olvidar la sensatez. No le gustaba nada la expresión que tenía Linda. Sabía que cuantas más excusas pudiera dar para evitar estar juntos en las próximas veinticuatro horas, digamos, tanto mejor para él. Ahorraría dinero en cigarrillos al pasar menos tiempo con ella. Se mostraría muy solícito. "Querida, ¿qué te parece si voy de una escapada a comprar una botella de whisky?" "Querida, voy hasta el muelle a buscar carnada." "Querida, Sam me pidió que lo acompañe a jugar al golf esta tarde." Linda no se llevaba bien con ese tipo de clima y ya estaba poniéndose un tanto fastidiosa.

La polilla aleteó con delicadeza frente a su rostro.

-¡Huy, qué grande que eres!

Súbitamente, volvió a recorrerle la espalda aquel gélido escalofrío que alguna vez había sido tan familiar. Hacía años que no se asustaba, pero se permitió sentir un poquito de miedo, de un miedo placentero ante la polilla blanca y susurrante cuyas alas hacían tintinear la lamparita eléctrica.

Se lavó las manos y, por puro gusto, se asomó a uno de los compartimientos para ver si aún quedaban vestigios de aquellas extrañas inscripciones que había leído cuando niño.

Entonces eran palabras mágicas, inescrutables, enigmáticas. Ahora... nada.

-Ya descifré su verdadera naturaleza -dijo en voz alta-. No son más que palabras. Chistes verdes. Perdieron toda la magia.

Involuntariamente, vio su imagen en el espejo, despintado y borroso, y advirtió que su rostro reflejaba desilusión. No había en aquellas palabras ni una pizca de la arcana solemnidad que él evocaba. Antes le habían parecido herméticas revelaciones de lo insondable. Ahora eran breves y vulgares atentados contra el buen gusto.

Se demoró para fumarse un cigarrillo, reacio a regresar tan pronto junto a Linda.

Cuando por fin entró en la cabaña, su mujer le clavó los ojos en la ropa.

-Saliste con tu mejor camisa. Y ¿por qué no te pusiste la chaqueta? ¡Estás empapado!

-Quédate tranquila. Estoy bien.

-Te vas a pescar un resfrío. -Linda estaba desempacando cosas sobre la cama.

-¡Ay, qué dura que es!

-Solía dormir como un angelito en esa cama.

-Para ser sincera, estoy volviéndome vieja. Cuando fabriquen un colchón de crema batida, voy a ser la primera en comprarlo.

-¿Por qué no te recuestas un rato? Faltan tres horas para la cena...

-¿Cuánto va a durar esta lluvia?

-No sé. Probablemente por hoy, no más. Y mañana va a estar todo tan verde... ¡Ni te imaginas la fragancia del aire después de la lluvia!

Mentía. A veces llovía una semana entera. Algo que jamás le había molestado. Corría hacia las grises y picadas aguas del lago en medio de las incisivas gotas mientras el cielo, como un gigantesco cántaro de barro gris que se había volcado y derramaba su tempestuoso contenido, se pintaba cada tanto con un resquebrajado esmalte azul eléctrico. El ineludible trueno le hacía pegar un salto, pero no lo disuadía de echarse a nadar al lago con la cabeza fuera del agua, que parecía templada y mansa porque el aire estaba inundado de agujas frías. Desde allí contemplaba el pabellón adonde la gente iba a bailar por la noche, los hoteles con largos, callados y acogedores pasillos a media luz trajinados por laboriosos botones, y la cabaña sumida en los truenos del verano. Sí, él dentro del lago, nadando estilo perro, y afuera el aire vestido de invierno. Quería quedarse allí para siempre, suspendido en la calidez del agua, hasta ponerse morado de placer.

Linda se recostó en la cama.

-¡Uf, este colchón...!

Él se acostó a su lado, sin tocarla.

Volvió a oírse el suave repiqueteo de la lluvia sobre la cabaña. Parecía noche cerrada, lo que provocaba una sensación muy especial, ya que uno sabía que eran las cuatro de la tarde y, pese a la oscuridad, el Sol estaba allá arriba, dominando la cerrazón. Ah, sí, era una sensación muy especial...

A las seis, Linda se pintó una boca nueva.

-Espero que la comida sea buena -dijo. Aún llovía. Una gota de tormenta colosal, machacadora, incesante aporreaba la cabaña.

-¿Qué hacemos esta noche?

-¿Por qué no vamos a bailar? Hay un pabellón que costó un millón de dólares. Lo construyeron en 1929, poco antes de la gran crisis -comentó él mientras se anudaba la corbata. Una vez más, su mente escapó de la habitación y retrocedió dieciocho años bajo los árboles lluviosos. Skip, Marion y él corrían con sus impermeables crujientes como el celofán en medio de un aguacero que les daba palmaditas en el cuerpo y les ungía la cara. Dejaron atrás los toboganes del parque y enfilaron por el camino vedado rumbo al pabellón. No se permitía el ingreso de niños. Con la nariz contra el enrejado, se habían puesto a observar a la gente que compraba bebidas, se sentaba a las mesas, reía y salía a bailar en la pista al compás de una música encerrada y amordazada. Marion estaba inmóvil, bajo un hechizo, y la luz del interior le iluminaba el rostro.

-Algún día voy a entrar a bailar -dijo.

Y allí se habían quedado, cercados por la sábana de agua que pendía de los aleros del pabellón en la negra y calada noche, escuchando los compases de *I found my love in Avalon* y de *In old Monterrey.*

Luego, con las narices frías tras media hora de lluvia filtrándose por los zapatos y colándose por el cuello de los impermeables, habían vuelto la espalda a la cálida luz del pabellón y, en silencio, se habían marchado escoltados por la música que se desvanecía a medida que avanzaban por el camino de regreso a sus cabañas.

Golpearon a la puerta.

-¡Soy Sam! ¿Ya están listos? ¡Es hora de ir a cenar! Lo hicieron pasar.

-¿Cómo vamos hasta el hotel? ¿Caminando? -preguntó Linda mientras observaba la lluvia.

-¿Por qué no? Sería divertido -dijo su marido-. ¡Por favor, ya nunca hacemos nada por el estilo! Ya sabes de qué hablo. Jamás vamos caminando a ninguna parte y si tenemos que alejarnos más de una cuadra, nos subimos al auto. ¡Vamos, pongámonos los impermeables y emprendamos la marcha! ¿Qué te parece, Sam?

-A mí me parece bien. ¿Y a ti, Linda?

-¡Uf! ¿Ir a pie hasta allá? ¿Y con semejante lluvia?

-¡Y dale con lo mismo! ¿Qué va a pasarnos si nos mojamos un poco? -insistió el marido.

-Bueno, está bien -accedió Linda.

Se oyó el frufrú de los impermeables. Él se reía, feliz, y hasta le dio una palmada en el trasero a su mujer mientras la ayudaba a cubrirse bien.

-Huelo como una morsa de goma -bromeó ella.

Y se lanzaron a caminar por el sendero flanqueado por exuberantes árboles. Resbalaban en los charcos del pasto y sus pies enfundados en caucho se hundían en los surcos de barro dejados por los autos que pasaban salpicando y gimiendo en la densa y húmeda oscuridad.

-¡Ah, qué placer! -exclamaba él.

-No vayas tan rápido -repetía Linda.

El viento combaba los árboles y todo indicaba que no amainaría en una semana. Siguieron andando hacia el hotel, situado sobre una loma, pero ya no con el mismo espíritu risueño, pese al empeño que él ponía en recuperarlo. En eso, Linda cayó al suelo tras pegar un resbalón, y la broma que hizo Sam cuando la ayudó a levantarse no logró evitar el silencio que se apoderó de los tres.

-Si me disculpan, voy a hacer dedo -anunció Linda al fin.

-No seas aguafiestas -protestó su marido.

Linda detuvo a un auto que enfilaba cuesta arriba y el conductor preguntó:

-¿Los alcanzo a todos hasta el hotel?

Pero él continuó la marcha sin pronunciar palabra y Sam no tuvo más remedio que seguirlo.

-No estuviste muy amable que digamos -le reprochó. Un rayo se dibujó en el cielo, como un árbol de ramas desnudas que acababa de nacer.

La cena estaba caliente aunque algo sosa, les sirvieron café flojo y desabrido y no había mucha gente en el comedor. Reinaba una atmósfera típica de final de temporada. Diríase que todos habían sacado a relucir por última vez la ropa guardada puesto que mañana llegaría el fin del mundo y se apagarían las luces, así que no tenía mucho sentido tratar de animar la velada. Las luces parecían mortecinas y el ambiente se hallaba inundado de conversaciones forzadas y humo de cigarro barato.

-Tengo los pies hechos sopa -dijo Linda con tono quejumbroso.

A las ocho arribaron al pabellón, un recinto de grandes dimensiones, resonante y desierto a aquella hora, al igual que el estrado para la orquesta. Poco a poco fue poblándose y a las nueve ya era bastante la gente que ocupaba las mesas. La orquesta de nueve músicos ("¿No eran veinte en 1929?", se preguntó el marido) dio inicio a un popurrí de viejas melodías.

Los cigarrillos sabían a humedad, tenía el traje mojado y los zapatos empapados, pero no se quejó. Cuando sonaron los primeros compases de la tercera pieza, sacó a bailar a Linda. En la pista había unas siete parejas que danzaban bajo un caprichoso arco iris de luces, sumidas en el vasto y reverberante vacío. Al ponerse de pie, tuvo la impresión de estar chapoteando en las medias heladas.

Tomó a Linda de la cintura y comenzaron a bailar al ritmo de la no casual melodía de *I*

found my love in Avalon. Había llamado por teléfono más temprano para pedir que la tocaran. Se deslizaron por la pista sin hablar, hasta que Linda rompió el silencio.

-Tengo los zapatos inundados.

La aferró y continuaron bailando. El lugar se hallaba a media luz, oscuro y frío, y las ventanas estaban bañadas por el agua fresca que no cesaba de caer.

-Cuando termine esta pieza, nos vamos para la cabaña -dijo Linda.

É1 no contestó. Ni que sí ni que no.

Dirigió la vista hacia las despobladas mesas, salpicadas por alguna que otra pareja, y tras ellas vio las lloronas ventanas. Condujo a su mujer por la pista y, cuando se hallaban cerca, miró de soslayo y... allí estaban.

Al otro lado de las ventanas, las caras de unos niños que espiaban el interior. Uno o dos. Quizá tres. La luz les encendía el rostro y brillaba en sus ojos. Los contempló durante un minuto.

Dijo algo.

-No te oí ¿Qué? -preguntó Linda.

-Dije que ojalá estuviéramos espiando del otro lado de la ventana.

Su mujer lo miró. La melodía estaba llegando a su fin. Cuando él volvió la vista hacia las ventanas, los rostros habían desaparecido.